



Interior de un «taller» de arquitectura.

LA ESCUELA ACTUAL

E. Pontremoli
Director honorario de
l'Ecole des Beaux-Arts

La finalidad primordial de una Escuela de renombre ha de ser la de conservar aquello que es fundamental y de transformar y asimilar lo que, en la época actual, debe permitir su dinámico rejuvenecimiento. Este doble aspecto es el que confiere a cada una su propia fisonomía, su rasgo peculiar.

La Escuela Nacional Superior de Bellas Artes responde a este doble papel; a los que no la intuyen hondamente, aparece a menudo bajo la apariencia de una persona de avanzada edad demasiado preocupada en conservar más lo antiguo que en contemporaneizarse.

No obstante, una nutrida y ardiente juventud llega a la Escuela de la calle de Bonaparte y trabaja con tesón. ¿Con qué objeto? El visitante que pudiera hacerse invisible observaría a pintores, escultores, arquitectos y grabadores en pleno trabajo; asistiría a un espectáculo que ninguna otra institución puede brindarle, únicamente debido al ambiente tan característico del «estudio».

Para conocer la Escuela, su atractivo, su vida, es conveniente, en efecto, entender «el estudio», saber qué valor especial, original, depara a nuestra alta enseñanza artística; es necesario conocer que la Escuela, en realidad, no existe nada más que por los talleres, por los maestros que los dirigen y que responden al vocablo, tan expresivo, de «patronos».

Los artesanos, los obreros de oficios artísticos, llegaban antes a la condición de maestros tras un arduo aprendizaje; los gremios ejercían sobre su formación rigurosa vigilancia, y los artesanos de la pintura, de la escultura y de la arquitectura la soportaban como los demás.

La desaparición de las corporaciones destruyó todo cuanto había de conexión en esta sólida formación; el artista reemplaza al artesano y paulatinamente se encierra en su taller y, como sigilosamente, trabaja en la soledad. Algunos que otros iniciaban a ciertos alum-

nos, mas sin la estricta disciplina que había robustecido a las antiguas corporaciones.

Al igual de los antiguos, los talleres actuales están constituidos sobre la base del trabajo directo, bajo la vigilancia del patrón, que conoce a cada uno de sus alumnos, observándolos, corrigiéndolos y asesorándolos.

El taller es el lugar donde se trabaja, se discute, se bromea; donde la mordaz caricatura corrige los caracteres, donde la camaradería es de rigor y la solidaridad es una necesidad moral.

Cada taller es como una pequeña república que el patrón preside con benevolencia y que confía a unos alumnos, elegidos por camaradas suyos. Estos ejercen su ministerio con buen humor y autoridad.

El control administrativo de los talleres está reducido al mínimo y no se ejerce sino con somera formalidad; cada patrón es realmente el maestro de su taller; va en aquellos días y horas que estima conveniente, admitiendo a los extranjeros en su escuela: faltando él, ya sea por defunción o ausencia, el sustituto es designado con mucha prudencia.

En los estudios de arquitectura, en donde todos se ayudan mutuamente, desarrollando ideas, poniendo en ejecución sus proyectos, más o menos complejos, cada alumno, una vez hecho el boceto, lo muestra a su patrón, y, de común acuerdo, durante las semanas siguientes, se intensifica el estudio del proyecto a fin de obtener todo cuanto en sí encierra y pueda reportar utilidad.

Esta gimnasia intelectual, esta confrontación de una idea con aquellas otras emitidas por condiscípulos, capacita a los futuros arquitectos a hacer ellos mismos su propia crítica. Los habitúa, además, a sacar de su cosecha personal el máximo de esfuerzo, de habilidad y precisión.

Esta existencia de libre trabajo bajo la sola autoridad del patrón, y donde los jóvenes se inician realmente en

un oficio, no solamente acontece en los cuatro talleres de pintura, en los cuatro de escultura y en los tres de arquitectura de la Escuela, sino que existen otros, más libres todavía, completamente independientes de la Administración general.

Son como repúblicas satélites que no tienen con la Escuela nada más que vínculos espirituales; allí los alumnos eligen ellos mismos sus patronos, sus maestros, sin más control que el de la notoriedad, de los triunfos alcanzados, de la originalidad y del temperamento.

Estos «estudios» se alojan, bien o mal, en unos locales que ellos costean de su propio peculio, no distantes de la Escuela, a fin de que los alumnos puedan sin grandes dificultades frecuentarla y trabajar simultáneamente en el taller o en la Academia. El número de estos talleres libres es indeterminado, indefinido y variable; es función del deseo de los alumnos de agruparse bajo la dirección de uno u otro maestro.

¿De dónde llegan todos estos alumnos, pintores, escultores, arquitectos, muchachas y muchachos?

La misma libertad que preside la elección y la vida de los talleres rige en el reclutamiento de los alumnos.

Es indispensable esté, aquel que pretende practicar un arte, en posesión de una cultura general; ningún diploma, ningún certificado de estudios, ningún bachillerato se solicita para poderse presentar en la Escuela.

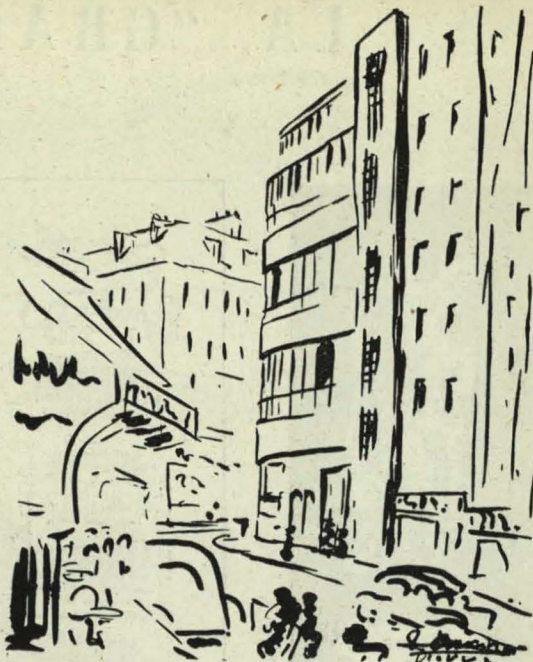
Los exámenes, diplomas, bachilleratos podrían detener a los más aventajados en alguna clase social económicamente débil a que ellos pertenecen.

Así, se incorporan sin dificultad, pero controlados; simplemente se rehusa la total ignorancia y la incapacidad de entender y de expresar.

Los talleres son el vivero donde se seleccionan los verdaderos alumnos; los patronos dan sus asesoramiento y abren sus puertas no sólo a los alumnos ya admitidos en la Escuela, sino también a cuantos preparan el concurso de admisión.

Muchachos y muchachas solicitan su inscripción en los diversos talleres. Desde entonces son verdaderos aprendices que, con las orientaciones del maestro y el control frecuentemente riguroso de los antiguos, preparan el curso de ingreso.

Al lado de este aprendizaje artístico, casi siempre por grupos, aprenden lo que hace falta saber de cultura general, de historia, de perspectiva, de ciencias y también de modelado para los arquitectos; los unos completan sus estudios primarios; otros más cultos llegan a conseguir la segunda enseñanza y algunos, finalmente, los universitarios, atraídos por el arte de la arquitectura.



Al fondo, a la derecha, el edificio de la «Grand Masse», con los talleres de arquitectura.

Los aprobados, ya total o temporalmente, se conceptúan como «alumnos». Desde ese momento, incluso fuera del taller, deben participar en todos los ejercicios de un programa hartamente experimentado.

La vida del alumno en la Escuela transcurre entre el taller, los cursos teóricos y de cultura y las enseñanzas prácticas.

Es preciso hacer constar que todos los profesores de la Escuela están persuadidos de que se dirigen a un público joven esencialmente espectador, a unos hombres y a unas mujeres mucho más sensibles a las imágenes, a las demostraciones plásticas y animadas, que a las abstracciones del pensamiento o de la ciencia pura. Todos se afanan en hacer animada y clara su enseñanza, y de profundizar lo más posible en el entendimiento y alma de los artistas a ellos confiados.



La consulta con el patrón.

